

CAPÍTULO VII

EL REVERENDO CAPITÁN

Era una época singular la de la guerra de independencia mexicana; época en que de una y otra parte se combatía en nombre de la religión amenazada sin que á pesar de ello hubiese disidencia religiosa alguna; en que cada partido reconocía á la Virgen como generalísima y en que los clérigos se hacían generales de división bajo sus órdenes.

En muchas ciudades se habían formado, ya en favor de la insurrección, ya contra ella, regimientos de monjes de todos colores; y el obispo Bergosa de Oaxaca no faltó en seguir el ejemplo. Para suplir al pequeño número de tropas que defendían la capital de la provincia, había levantado un cuerpo de milicia eclesiástica, compuesto desde un principio exclusivamente de padres; pero el Gobernador Bonavía, el mismo que vimos fracasar en el sitio de Huajapam, inspirándole poca confianza tal milicia de sotana, había obtenido del obispo el permiso de reforzarla con algunos batallones de obreros militarmente organizados, con la condición sin embargo, que los oficiales serían escogidos entre los monjes y los curas.

Fué un destacamento de esta milicia el que Bonavía

envió aquella tarde al teniente Veraegui. La tropa se hallaba alineada en el patio en el momento en que don Rafael penetró escoltado del teniente, de sus alféreces y de los soldados que llevaban antorchas en la mano.

El coronel, excelente católico, pero militar antes que todo, participaba del desdén del general Bonavía por estos sacerdotes soldados; y tuvo necesidad de hacer un esfuerzo sobre sí mismo para acoger convenientemente al jefe del batallón provincial que avanzaba á su encuentro.

Era un dominico grande y flaco, con el hábito semipartido de negro y blanco adornado de dos charreteras á semillas de espinacas y cinchado con un cinturón del cual pendían su sable y dos pistolas.

Lo que más sorprendió al coronel, acostumbrado ya á estas extravagancias, fué un singular ornamento que hacía de escarapela al enorme sombrero negro del dominico.

— ¿Qué diablo de escarapela lleva Ud. allí, reverendo capitán? — le preguntó don Rafael algo bruscamente cuando le presentaron al monje.

— ¿Esta? — replicó fray Tomás de la Cruz (así se llamaba el dominico) quitándose el sombrero para que se vieran mejor á la luz de las antorchas los ornamentos con que estaba engalanado. — Son sencillamente las orejas de un indio pícaro á quien dí caza á lo largo del camino.

— ¿Y es así cómo Ud. cree atraer á estos desgraciados á su partido?

— Este al menos, — replicó el monje con una agradable sonrisa — habrá prestado sus orejas á la buena causa.

Un relámpago de cólera despectiva brilló en los ojos de don Rafael; pero contuvo la explosión y se contentó con decir en tono severo al dominico:

— ¿Ud. está listo para marchar, sin duda?

— Tales son las órdenes del Gobernador, — contestó el monje con tono almibarado.

— Tales son las mías, reverendo capitán; y le ruego que se acuerde de que aquí, solamente las mías debe Ud. obedecer — replicó el coronel.

Sintiendo el dominico que él no era el más fuerte, se inclinó sin responder.

— Ibamos precisamente á ponernos en marcha en persecución de los bandidos de Arroyo, — dijo el calán.

— ¿Y sabe Ud. en dónde están?

— Las huellas de Arroyo son fáciles de hallar.

— Yo lo sé, yo — replicó el coronel. — Ese valiente servidor que tiene la brida de mi caballo, viene á implorar nuestra ayuda para vengar á sus amos odiosamente tratados por los bandidos que vamos á sorprender ahora en la hacienda de San Carlos. Teniente Veraegui, provéase de tantas cuerdas cuantas se puedan encontrar; que se desmonte uno de los cañones para transportarlo á lomo de mula : tendremos necesidad de él para echar abajo las puertas.

— ¿Y para qué nos servirán las cuerdas? — dijo el teniente con una sonrisa de inteligencia.

— Colgaremos hasta el último de esos pillos, mi querido Veraegui.

— Esta vez por los pies; pues verdaderamente, pienso en mi absurda indulgencia....

— ¿Entonces ha perdonado Ud. á algunos? — interrumpió el coronel.

— He sido demasiado bueno con cuatro de ellos que cogí ayer : los colgué del pescuezo. Y á propósito, mi coronel, están aquí dos pícaros que dicen tener que hablarle.

— Los oiré más tarde, á mi regreso — respondió don Rafael, bien lejos de sospechar que se negaba á oír á quien le llevaba la dicha. — No tengo mucho tiempo que perder cuando los desgraciados dueños de San Carlos cuentan los minutos con angustia. Ni siquiera me cambiaré de vestido; ¡que se ponga á mi caballo la primera silla que se encuentre y en marcha!

— ¡Toque para montar! — exclamó el teniente.

Los clarines resonaron de nuevo en la hacienda; y mientras que se ejecutaban las órdenes del coronel, éste se alejó pretextando que quería estar solo un instante. Al llegar al jardín, se dirigió al lugar en que dos años antes depositara el cuerpo de su padre.

Con el alma agitada aún por las revelaciones del criado de don Fernando, el coronel tenía necesidad de un momento de oración y de recogimiento. La muerte de su padre había sido para él una desgracia doblemente fatal; con el tiempo se apaciguó la primera amargura de su dolor; pero ni los meses ni la ardiente actividad de su vida, habían logrado extinguir el amor sin esperanza que llevaba consigo. Gertrudis correspondía aún este amor; ella moría, le habían dicho; y en la dolorosa alegría que experimentaba, iba á olvidar que su padre no estaba aún vengado como lo jurara. Uno de sus matadores se hallaba separado de él por una corta distancia; y sin embargo, no sentía más que un deseo insensato, irresistible, el de correr inmediatamente por el camino de Oaxaca, y reunirse á Gertrudis para decirle que no podía vivir más sin ella.

He aquí por qué don Rafael iba á buscar sobre la tumba de su padre la fuerza necesaria para no traicionar el juramento que había pronunciado sobre su cabeza.

Dejémosle un instante en el cumplimiento de este piadoso deber.

Gaspar y su compadre Juan el Zapote, habían sido arrojados sin contemplaciones en un cuarto al fondo de la hacienda, encerrados bajo llave y un centinela, fusil en mano, sepaseaba frente á la puerta para vigilarlos.

Es probable que, á pesar del desenlace tan triste y sobre todo tan imprevisto de sus esperanzas, su melancolía se hubiera desvanecido si hubieran podido contemplarse mutuamente y ver el asombro pintado en sus facciones; pero la profunda obscuridad en que se hallaban sumergidos, les arrebatara este último consuelo.

Así, pues, los dos guardaban sombrío silencio. Más filó-

sofo que su compadre, el Zapote fué quien lo rompió primero.

— ¡Compadre del diablo! — exclamó por fin. — ¿Estás convencido ahora de que tanto se cuece por mucho hablar que de rascarse mucho?

— ¿Es mía la culpa — respondió Gaspar exasperado — si tu fisonomía militar... como tú la llamas, ha producido su habitual efecto? Yo te había dicho que trataras de dejarla en la puerta de la hacienda.

— ¿No pudiste evitar lanzarte en las historias sin fin que pusieron alerta á ese condenado catalán?

— ¡Tu figura, tu figura, por todos los diablos!

— Tengo el aire militar, no lo disimulo; pero tu tontería ha hecho todo lo demás. Tú has visto al coronel y lo has reconocido sin conocerlo. ¿Qué necesidad tenías de este fárrago? ¿No podías contar de otro modo la cosa y decir muy sencillamente que el coronel corría grandísimo peligro, que habíamos matado qué sé yo cuántos hombres para salvarlo y en fin, que nos enviaba para buscar socorro lo más pronto posible? Nos hubieran felicitado, recompensado; mientras que ahora tu bobería es causa de que estemos en ayunas desde hace veinticuatro horas, encerrados en la obscuridad; y de que, si el coronel ha muerto, no solamente pierdo la recompensa á mi virtud, sino que aún tengo la horca en perspectiva.

— ¿Y yo?

— ¡Tú! Eso no me importa; y no sé qué es lo que me detiene que no te doy tantas bofetadas como palabras demás has dicho.

— Yo persisto en creer que tu fisonomía...

El sonido del clarín que anunciaba la llegada de la milicia provincial que mandaba el reverendo fray Tomás de la Cruz, interrumpió á Gaspar y felizmente torció la cólera del Zapote, sin lo cual, era probable que los dos compadres, para endulzar su situación, se hubieran aporreado de lo lindo.

— ¿Qué es eso, amigo mío? — preguntó Juan por el

ojo de la cerradura al centinela cuyos pasos, medrados oía en el corredor.

— Es la llegada del batallón de milicias, — respondió el soldado.

— ¡Ah! creía que era la del coronel. Ud. sabe que si llega, nos ponen inmediatamente en libertad.

— Lo sé.

Los dos compañeros guardaron largo tiempo silencio, interrumpiéndolo sin embargo de cuando en cuando con mutuos reproches, cuando los clarines resonaron de nuevo con más fuerza.

El Zapote volvió á la cerradura.

— ¡Ah! Ahora es nuestro querido coronel, estoy seguro, me lo dice el corazón — gritó con voz llena de ternura — ¿no es así, valiente?

— No sé nada, — replicó el centinela — pero Ud. comienza á importunarme furiosamente. Si es él, se lo diré.

El movimiento que se verificaba en la hacienda, llegó bien pronto al corredor; y el Zapote oyó al centinela cambiar algunas palabras con sus camaradas, siempre continuando su paseo.

— Mi corazón me ha dicho bien, ¿no es verdad? sopló de nuevo el Zapote por el ojo de la cerradura.

— Es el coronel — respondió el guardián.

— ¡Ah! mi corazón no me engaña nunca. ¿Oyes, Gaspar? Es el valiente coronel. Nos van á libertar, á colmar de agasajos y de regalos. ¡Ah, querido compadre, qué cosa tan buena es la virtud! Es mi axioma.

Durante algunos momentos el Zapote se entregó á los transportes de una loca alegría; luego la alegría se calmó para hacerse más grave. Después se impacientó. La incertidumbre reemplazó á la impaciencia que á su vez fué reemplazada por la duda y por el desaliento, pues el tiempo transcurría y nadie llegaba á libertarlos.

— ¡Eh, amigo! Puesto que es el coronel, ¡ábranos! — dijo el Zapote con voz suplicante.

— ¡Paciencia! — respondió el centinela. — No tengo orden.

Pero lejos de hacer paciencia, el melancólico Zapote la perdía enteramente; y á tal punto llenó el aire con sus gemidos que el centinela, tratando en vano de consolarlo, concluyó por ofrecerle, cansado ya, que si, como parecía probable, el coronel se alejaba sin verlo, puesto que, después de todo, estaba sano y salvo, se echaría sobre sí la responsabilidad de darles la salida.

— Y la fortuna — replicó el Zapote consolado.

No estaba lejos el momento, dada la promesa del soldado, de la libertad de los dos aventureros, pues todo estaba listo para la partida de la tropa con el coronel á la cabeza.

Una mula llevaba la cureña desmontada de una de las pequeñas piezas de artillería y ésta iba sobre el aparejo de una segunda bestia de carga. Cuarenta hombres escogidos entre los más bravos de los soldados del Valle, formaban con los sesenta del batallón provincial una tropa de cien combatientes, siendo como la mitad de infantería.

Para reponer el tiempo perdido, cada jinete llevaba un infante á la grupa.

Dada la señal, las dos hojas de la puerta chirriaron sobre sus goznes; y todos se pusieron en marcha á todo trote y en silencio.

Unos diez exploradores precedían el grueso de la caballería; á la cabeza avanzaban el coronel y el teniente Veraegui, quien, mientras marchaban, daba á su comandante breve cuenta de cuanto había pasado durante su ausencia. Absorto en sus pensamientos, apenas le prestaba atención don Rafael; y cuando el teniente hubo concluido, escuchó á su vez las órdenes de su coronel.

En esto se llegó al vado del Ostuta que fué rápidamente franqueado. Algunos pasos más allá del río, se hizo alto para dar tiempo á la retaguardia de juntarse á toda la columna.

Desde este momento, se siguió la marcha con más precauciones y don Rafael dió órdenes de que le llevaran al criado de don Fernando. Cuando el jinete que lo conducía á la grupa se aproximó al coronel:

— Ud. que conoce los lugares mejor que nadie — dijo don Rafael — ¿puede Ud. conducirnos por algún camino extraviado, si es que hay alguno que sea también practicable por el cañón que traemos? Ud. ve que esto es importante.

El criado aseguró que se comprometía á conducir por una vereda á toda la tropa hasta cerca de la hacienda sin que se sospechara su aproximación; pero que la pieza de artillería no podría rodar por allí fácilmente sobre su cureña.

— Tome Ud. pues la delantera con los exploradores — dijo el coronel. — Es preciso sorprender á los bandidos; montaremos el cañón cuando Ud. nos lo diga.

El criado obedeció y se puso á la cabeza. El camino que siguió, rodeaba la base de las alturas desde cuyas cimas el capitán Lantejas descubriera pocas horas antes la hacienda y las llamas que brillaban tras los vidrios.

El silencio era profundo; y nada indicaba que se hubiese oído la aproximación de la tropa cuando el guía dejó su puesto para regresar hacia don Rafael.

— Aquí — dijo — ya no hay obstáculos para el cañón.

Se hizo alto y se colocó la pieza sobre la cureña, después de lo cual tomaron de nuevo y en silencio su camino, pero en tres destacamentos diferentes porque ya estaban en la llanura en mitad de la cual se levantaba la hacienda de San Carlos. El coronel se reservó el mando del primero que debía dirigirse en línea recta hacia la puerta de entrada. Veraegui y fray Tomás de la Cruz tomaron los otros dos para rodear la hacienda á derecha é izquierda.

Cada uno de estos dos últimos destacamentos iba provisto de granadas para tirarlas por encima de los muros ó en los puntos de la hacienda en que los bandidos trataran de atrincherarse cuando el cañón hubiera deshecho la puerta de entrada.

En consecuencia, la pieza de campaña iba con el destacamento de don Rafael, quien en su mortal odio con-

tra Arroyo, se reservaba el honor de ser el primero en entrar con las armas en la mano.

Estas disposiciones, según las cuales los tres destacamentos avanzaban á paso igual, se escaparon á los centinelas apostados en las terrazas de la hacienda, mientras la obscuridad, la distancia y los árboles de la llanura ocultaban la aproximación del enemigo. Pero bien pronto los realistas oyeron los gritos de alarma que llamaban á la guarnición á la común defensa.

Los realistas no se dignaron de contestar; y en tanto que los centinelas descargaban sus armas contra ellos, continuaron avanzando rápidamente hasta el instante en que el destacamento mandado por don Rafael se abrió de repente enfilandó el cañón, una de cuyas balas echó por tierra uno de los postigos de la puerta de entrada.

Al mismo tiempo las granadas encendidas brillaron en las tinieblas y cayeron en el patio en donde los insurgentes se formaban confusamente en línea.

Algunas de las granadas pudieron apagarse; pero la mayor parte estallaron con estrépito entre las piernas de los caballos que, presas de terror, huyeron en todas direcciones dando de coces á sus jinetes y rodoblando el desorden en medio del cual, á los gritos de los heridos y á las imprecaciones de furor de los insurgentes, se mezclaban las detonaciones repetidas de los proyectiles que llovían sobre el patio.

Una explosión más terrible precedió á una segunda bala de cañón que penetró por la abertura de la puerta é hizo espantosa matanza en las filas apretadas de los bandidos.

— ¡Otra, otra! — gritó la voz de don Rafael. — ¡Abajo el otro postigo de la puerta!

Dos jinetes se destacaron de su lado para llevar á fray Tomás y al teniente Veraegui, la orden de extenderse ante la hacienda en semicírculo debiendo reunirse por sus extremidades. Fué tal la rapidez con que los artilleros cargaron de nuevo la pieza, que apenas habían dado algunos pasos los jinetes portadores de aquella orden,

cuando rugió una tercera detonación, silbó la bala y voló el postigo de la puerta arrancada de sus goznes.

Nuevas granadas estallaron en aquel momento en medio del patio en donde los insurgentes, privados de sus jefes, no sabían qué partido tomar.

Se recordará que en efecto, Arroyo acompañado de Bocado, debía montar á caballo para correr en persecución de la joven dueña de la hacienda de San Carlos, lo que habían hecho.

Sin órdenes precisas que los dirigiesen, los insurgentes vacilaban en la elección de sus medios de defensa. Los jefes subalternos, trastornados con el cargo que pesaba sobre ellos, expedían órdenes contradictorias. Los unos, de éstos fué el mayor número, cediendo á un terror invencible, ignorando la fuerza del enemigo que los atacaba, se refugiaron en los pisos altos para escapar á las balas y á las granadas.

Los más bravos, resueltos á vender caras sus vidas y á abrirse paso para juntarse á sus jefes, se lanzaron por encima de las ruinas de la puerta. Pero ante ellos se abrió un semicírculo de bayonetas, de lanzas y de carabinas que se apretó para aplastarlos.

— ¿Dónde está ese perro de Arroyo? — gritaba el coronel mientras cargaba con la espada, á los insurgentes que trataban en vano de romper el círculo que los estrechaba. Y sin esperar respuesta, hundía el cráneo á uno, y arrojaba á otro sin vida á sus pies de un mandoble de su enorme espada de dragón. — ¡Ni uno de estos bandoleros responderá! — proseguía el coronel continuando su terrible tarea. — ¡Ni prisioneros ni gracia, valientes míos! ¡Matar, matar!

— ¡Colgaré por los pies á los que se rindan! dijo en alta voz el catalán.

A despecho de aquella misericordiosa perspectiva, ninguno de los insurgentes se rendía; y bien pronto no quedaba ante la puerta y en el patio de la hacienda, sino un montón de cadáveres indiferentes á la clemencia de Veraegui.

Sin embargo, ni Arroyo ni Bocardo se hallaban entre los muertos á los que los vencedores iban reconociendo concienzudamente.

— ¿Pero dónde está el reverendo capitán fray Tomás de la Cruz? — preguntó el viejo teniente aproximándose al coronel que por sí mismo dirigía los reconocimientos que se hacían entre todos los muertos amontonados ó diseminados en el patio.

— Con su permiso, creo que aquí está, mi coronel — dijo uno de los soldados acercando su antorcha á un cuerpo envuelto en una saya blanca y negra.

Era, en efecto, el infeliz dominico á quien, en justa reciprocidad de las cosas de aquí abajo, una bala de mosquete le había llevado la oreja. Seguramente no hubiera muerto si á la oreja no hubiera seguido un pedazo de cráneo.

— ¡Que Dios tenga su alma! — dijo el teniente catalán — aunque haya muerto prestando la oreja á la mala causa.

Después de haber hecho en pocas palabras la oración fúnebre del dominico, Veraegui echó una melancólica mirada á los cadáveres extendidos ante sí y entre los cuales era seguro que no se hallaban los de Arroyo y Bocardo.

Los realistas se imaginaron que los jefes se habrían refugiado en los edificios de la hacienda donde sería más peligroso perseguirlos.

— ¡Vamos! — exclamó don Rafael sacudiendo por el brazos al catalán absorto aún en su contemplación. — Es preciso acabar con todos estos pillos y sobre todo con sus jefes. ¡No es este el momento de la conmisericordia!

— ¡Ah! — replicó Veraegui con un suspiro de sentimiento — pienso que nuestra provisión de cuerda nuevas no nos servirá para nada, porque éstos están bien muertos; y en cuanto á los otros, tendremos que quemarlos dentro de su cueva: esto es desconsolador.

— ¡No haga eso, señor coronel! — dijo el criado de

don Fernando en tono de súplica. — Mi pobre amo está en poder de esos bandidos; y si vive aún, será forzoso que muera quemado como ellos. Además, ¿no están prisioneros como él todas sus gentes?

— A fe — respondió don Rafael conmovido de piedad, — que no podemos pensar en envolver en una misma suerte á las víctimas y á los verdugos ni en conceder gracia á estos miserables. Forzar á estas víboras en su nido, es exponernos á perder mucha gente.

— Esto es embarazoso, en realidad — dijo el teniente.

— Sólo un medio veo de lograr que nos entreguen á los prisioneros y es el de ofrecerles la amnistía. Con lo cual quiero decir que se les ofrezca ahorcarlos de la manera más vulgar. ¡Eh, Dios mío, sí! Ahorcarlos por el pescuezo: aún así salen ganando esos pillos.

— Es dudoso, sin embargo, que su ofrecimiento los seduzca, mi querido teniente — respondió don Rafael.

— Sin embargo...

— Si yo me atreviera á dar un consejo — interrumpió el criado — propondría un término medio que quizás aceptarían.

— Hable, amigo mío — dijo el coronel.

— Veamos pues su término medio que vale más que el procedimiento que yo propongo — agregó Veraegui con tono de desdeñosa susceptibilidad.

— La mujer de Arroyo está entre esos miserables — replicó el fiel servidor de don Fernando — y aunque ella no vale más que ninguno de esos pícaros, al fin y al cabo es mujer. Se le podría ofrecer el perdón en gracia á su sexo, si consiente en traernos á mi pobre amo.

— Ese es un pobre medio que no vale lo que el mío — exclamó el catalán — ¿y habrá que amnistiar á un bandido por cada uno de sus compañeros?

El término medio propuesto era inaceptable en realidad; pues las gentes de don Fernando, prisioneros como él, eran bastante numerosos para que lo que restaba de la cuadrilla, que el gobernador había dado orden de ani-

quilar, se librara casi en su totalidad. Nada pudo contestar el criado á esta objeción.

Para conciliar la humanidad con su deber y el juramento de venganza contra Arroyo con sus deseos de economizar la sangre de sus soldados, sólo un partido se presentaba á la imaginación de don Rafael: el de rendir á los bandidos por hambre. Era evidente que bloqueados con toda actividad en la hacienda, debían resolverse á una salida desesperada ó despedir las bocas inútiles. En uno y otro caso había probabilidades de que don Fernando y los suyos salieran sanos y salvos de manos de los sitiados.

No había ningún inconveniente en adoptar este partido hasta la salida del sol; y en consecuencia, don Rafael dió sus órdenes de bloqueo.

Una vez tomadas todas las precauciones para que nadie pudiera escaparse á favor de la obscuridad, se acordó de que la hermana de Gertrudis erraba sin duda por los alrededores sin guía y sin protector; y resolvió ponerse él mismo á buscarla con una media docena de sus jinetes, los mejor montados.

El teniente catalán se quedó encargado del mando.

Haría apenas media hora que el coronel se había alejado, cuando los centinelas realistas avistaron á dos hombres que acudían á toda carrera.

— ¿Qué quieren Uds.? — les preguntó el teniente ante el cual se les condujo. — ¡Eh! pero éstos son mis dos pícaros de esta noche — agregó al reconocerlos. — ¿Quién los ha puesto en libertad?

— Nuestro guardián — respondió Juan el Zapote — que conmovido de nuestra profunda abnegación por el coronel Tres Villas, nos ha permitido reunirnos á él, pues al fin vamos á poder hablarle.

Y al decir estas palabras el Zapote, quizás por disimular su fisonomía militar, tal vez también porque estaba inundado, se enjugaba continuamente el rostro con su pañuelo.

— El coronel ha partido — dijo Veraegui.

— ¡Partido! ¡Caramba! ¡Vaya una suerte! — exclamó el Zapote estupefacto. — ¿Y dónde está?

— A una media legua de aquí, más ó menos y en esta dirección.

El teniente, después de haberles designado con el dedo el lado de la campiña sumergido en profundas tinieblas hacia el cual se había dirigido don Rafael, volvió las espaldas á los dos malaventurados mensajeros. Estos, demasiado felices de escapar al temible catalán, no tuvieron necesidad de pensar mucho tiempo para tomar de nuevo á toda prisa su camino en seguimiento del coronel, á quien una obstinada casualidad parecía apartar de su ternura.